

PRECIOS

MADRID

Tres meses.. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAS

Tres meses.. 10 rs.
Seis id. 18 »
Un año. 34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO

Tres meses.. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda Literaria, calle de O'Reilly, núm. 54.

AMÉRICA

Seis meses.. 38 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS

Seis meses.. 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

CARTAS CASCABELERAS

DIRIGIDAS Á PERICO EL DE LOS PALOTES por un caballero particular.

Yo no sé qué decirte, amigo Perico; en el momento en que escribo estos renglones, parece que el Sr. Ruiz Zorrilla y todos sus radicalísimos amigos están vencidos completamente y el Sr. Sagasta triunfa en toda la línea. Pero no te respondo de que antes de concluir esta carta, es decir, antes de media hora, no se hayan vuelto las tornas, el presidente de la Tertulia lo sea también del Consejo de ministros y D. Práxedes gima en el ostracismo, ó se haya marchado á su casa, que para los políticos todo viene á ser uno. Por eso he subrayado la palabra *momento*, porque aquí se vive al minuto, y lo que ahora es verdad, puede ser mentira antes de que acabes de leer este párrafo.

Si oyes decir que en España es ministro Muley-Abbas, ó el moro manchego que sale en la zarzuela *Por seguir á una mujer*, no te admires, porque si los que se ocupan de

nuestros asuntos dan en admirarse, se van á morir todos de admiracion el dia ménos pensado.

Hombre, si hubieras visto la cara que ponian el mártes los zorrillistas, hubieras pasado un buen rato. Cuando supieron que el rey habia escrito una carta al marques de San Rafael (te lo digo así para que no sepas quién es), diciéndole que era preciso abrir las Cortes, creyeron suya la partida. No hubo uno que no cepillara el frac, las murgas se disponian ya á ir á la calle de San Márcos, donde vive el jefe de pelea, para darle una racion de himno de Riego, y casi todos los patriotas se figuraban estar ya firmando la nómina.

¡El chasco fué bueno! El rey, despues de admitir la dimision al ministerio, habia encargado al Sr. Sagasta que formara otro, y el presidente de las Cortes habia tenido la crueldad de aceptar el encargo.

Figúrate cuál seria la desesperacion de los radicales machos y hembras.

Sólo les quedaba una esperanza.

La de que el Sr. Sagasta no encontrara quien quisiera ser ministro, aqui donde todo el mundo está rabiando por serlo.

Pero, sí, ¡bonito es el Sr. Sagasta! Es decir, precisamente bonito no es, pero en fin... ya tú me entiendes.

A la media hora de recibir el encargo ya tenia ajustada la cuadrilla y estaba dispuesto á empezar la brega.

El ministerio no puede decirse que sea nuevo. Es más bien el viejo, con tapas y medias suelas.

Casi todos los ministros del anterior se han quedado, exceptuando los Sres. Candau, Bassols y Balaguer, que han sido reemplazados por Sagasta, Gaminde y Topete (!!!)

Sí, hombre, sí, Topete; ya te he dicho que note admires de nada. El brigadier Topete, el capitán del puerto de Cádiz, el padre de la gloriosa. No vayas á figurarte que es otro.

Ha entrado, porque como no acaban de despachar aquella solicitud que hizo hace un año para que le permitieran retirarse del servicio, quiere ver si siendo ministro tiene más influencia y logra que la despachen *como se pide*.

Con que ya tienes á D. Práxedes de presidente del Consejo de ministros y á D. Manuel tascando el freno.

El nuevo ministerio abrirá las Cortes á principios de Enero; hará su programa, que será como todos; sufrirá su correspondiente derrota, que para eso están allí los zorrillistas, federales, carlinos y moderados... y entonces otra crisis, disolucion de Cortes, articulos amenazadores

—Muy impaciente sois, dijo Julia, dejando dibujar en sus labios una amarga sonrisa; ya no tengo sino muy pocas cosas que contaros. El viejo Touquet le preguntó á mi padre si habia oido hablar de su hijo, pero mi padre no sabia nada de él. Al poco tiempo nos fuimos á vivir á una aldea cerca de Amiens. Allí fué donde yo viví hasta la edad de quince años. Entonces murió mi padre, y yo vine á París, y entré á coser en un taller de modista. Mi padre me habia dejado por toda herencia un manuscrito que contenia la relacion de todas sus aventuras, y las historias y los secretos de todas las personas que le habian consultado. Así supe, señor marques, el robo de la pobre Estrella, y así tambien, recorriendo los apuntes de mi padre, fué como supe la manera que habia tenido el barbero Touquet de portarse con sus padres.

—¿Y es eso todo lo que sabeis? dijo el marques. ¿No sabeis nada del paradero de Estrella y de su hija?

—Hasta hace poco tiempo no he sabido más, pero la casualidad me ha hecho conocer todo lo que deseais saber, y debo dar gracias á la visita que hice al barbero... porque en su casa es donde he encontrado la clave de este misterio.

—¿En mi casa! exclamó Touquet, mirando á Julia lleno de sorpresa.

—Sí, en tu casa... en el gabinete que hay en el fondo de la alcoba de Margarita.

El barbero se puso pálido, y murmuró con voz entrecortada:

—¿Habeis estado en ese gabinete!... Pero allí no habia nada... no... estoy seguro de ello...

—Te engañas, porque moviendo un cofre que hay allí he encontrado esta cartera, que probablemente la ocultaria en aquel sitio la persona que alojaste en la alcoba, y la cual, no sabiendo, sin duda, dónde depositar papeles tan importantes, juzgó conveniente depositarlos en aquel sitio mientras viviera en tu casa.

El barbero miró con terror la cartera que Julia sacó de debajo de su manto, mientras que el marques exclamaba:

—¿Esos papeles son quizas del padre de Blanca?

—Estos papeles son de la persona que llevó á la jóven á la casa del barbero. Tomad y leed.

Y Julia entregó un papel al marques, el cual lanzó un grito de sorpresa al fijar en él sus miradas.

combate... ¿no es verdad? Ese seria un magnifico medio para desembarazaros de él. Con vuestra sangre fria y vuestra habilidad en las armas, triunfareis fácilmente de un hombre á quien cegará el furor...

—¡Desgraciado!... ¿Quieres que vierta la sangre de Urbano! No, ya soy bastante culpable... Pero ¿quién me impide abandonar á Sarcus y llevarme á Blanca á un pais donde Urbano no pueda descubrirla?... Sí, esta misma noche partiremos. Avisa en seguida á German para que haga con el mayor sigilo todos los preparativos de marcha. Blanca no lo sabrá hasta el mismo momento de partir. A media noche abandonaremos el castillo; de ese modo espero hacer perder para siempre á Urbano las huellas de Blanca.

—En efecto, esa idea es muy buena; pero ¿y Julia?...

—No se trata ahora de ella... Ademas, así me desembarazaré tambien de sus importunidades. Ve, corre y ordena que esté todo dispuesto para esta noche.

Touquet se apresuró á hacer ejecutar las órdenes del marques.

Las once de la noche acaban de dar; la noche está hermosa, y los caballos piafan de impaciencia, enganchados á un coche de viaje.

El marques se halla en su habitacion, ocupado en escribir algunas cartas para su intendente y para algunos amigos. Junto á él se encuentra el barbero, al cual da sus últimas instrucciones, encargándole que en caso de que vea á Urbano le aconseje que olvide á una mujer que no será nunca suya, y que disfrute de todos los placeres con una brillante fortuna que se pondrá á su disposicion.

El barbero escuchaba tranquilamente al marques, con la mirada fija en el oro y los billetes que habia sobre un secreter, al lado de un par de pistolas de viaje. Ya no faltaban más que algunos minutos para la partida, y ya Villebelle iba á llamar á María para que avisara á Blanca, cuando la puerta de la habitacion se abrió suavemente. El marques, sorprendido de que se avervieran á llegar hasta él á aquella hora, levantó los ojos y se encontró frente á frente de Julia, que acababa de penetrar en su habitacion, envuelta en un manto negro.

—¿Esta mujer todavia! exclamó el marques, mientras que Touquet se volvía y quedaba lleno de sorpresa al ver á la italiana.

—Calmaos, señor marques; esta visita será la última que os haga, dijo Julia, cerrando la puerta.

en los periódicos, manifestaciones más ó ménos pacíficas en la calle, y aquí paz y despues gloria. O para hablar con más propiedad, ni aquí paz, ni despues gloria, que ninguna de las dos cosas se consiguen por el camino que llevamos.

Lo que si se conseguirá, gracias á la actividad de los políticos y á la inercia de los que no lo son, es que tengamos pronto algun disgusto gordo. Ya hace dias que nos lo están anunciando, y más fácil es esto que ganar el premio grande á la loteria.

Yo te digo lo del cura: sólo siento que me coge sin dineros, porque en estos tiempos de patria y libertad y derechos inaguantables, el que no hace más que trabajar y se mete en su casa, no ve nunca una peseta.

¿Te acuerdas de aquel discurso que hace poco más de un año pronunció á bordo de la *Villa de Madrid* el actual jefe del partido radicalísimo?

Es el caso que entónces tronó S. E. contra los que van á comer á Fornos.

Hasta aquel dia parece que no habia ido nunca.

Pero hé aquí que los gastrónomos quisieron vengarse del vapuleo que les encajó desde la célebre fragata, y dieron en llevarle á comer al anatematizado *restaurant*.

Y aquí tienes al Sr. Ruiz Zorrilla, que no da la ida por la venida.

Hace pocos dias que fué allá y celebró un banquete con la flor y nata de los liberalotes, nada ménos que á quince duros por barba. Calcula tú qué tal seria el *gaudeamus*. Con decirte que duró desde el anochecer hasta las doce y media de la noche, podrás formar una idea.

Allí sí que hubo brindis famosos, y jacarandosos, y preciosos. El Sr. Figuerola brindó por uno á quien ahorcaron en tiempo de Fernando VII, lo cual nos ha hecho recordar aquellos dos versos de nuestro amigo Serra:

¡Valiente caso hará el muerto
de que le toquen la solfa!

Estos progresistas son atroces, sobre todo despues de comerse trescientos reales de una sentada.

Por lo demas, aquí seguimos bien. Las casas de juego, sin novedad. Allí se despluma diariamente á una porcion de incautos que van á perder su dinero, que es tal vez el pan de sus familias; pero si ellos quedan como el gallo de Moron, cacareando y sin plumas, en cambio los derechos individuales no padecen ni la menor lesion.

Adios, amigo: si hay otra crisis ya te avisaré, y no olvides que si me llaman para formar gabinete cuento contigo para la cartera de Hacienda. Entretanto, la sigue desempeñando el Sr. Angulo.

LA NOCHEBUENA.

—Pero Sr. José, V. me ha de perdonar...
—Diga V. lo quiera, Sr. Pepe... Entre porteros vecinos...

—Pues me ha llamado la atencion que todo el dia no cesan de entrar en esta casa mozos con pavos, doncellas con capones, dependientes con cajas de dulces, botellas y otros comestibles.

—¡Toma! para el cuarto segundo.
—Pues ¿quién vive en el segundo?... El hombre va á sacar la tripa de mal año.

—Pues él se llama D. Fernando Trastienda, aunque en un papel he leído que le llaman el *calamar*. Será mote... Y como le han hecho ahora no sé qué, ahí verá V., le traen regalos... ¡Qué diferencia de lo que sucedia ántes!... Antes no cesaban de venir escribanos á notificarle, alguaciles con citaciones y acreedores que bajaban echando pestes... Ahora es otra cosa, ahora todo el mundo le trae regalitos.

—Eso es lo que tiene la política.
—Sí, Sr. Pepe, el que ayer era un *pérdis*, hoy es un caballero.

—Pues mire V. que lo ménos le han traído treinta pavos.

—Me alegraré de que tengan viruelas.
—Calle V., si creo que luego los vende la señora, porque ayer vi subir al pollero de enfrente y me parece, Dios me perdone, que vino á tratar de eso.

—Mujer ¿qué tienes que estás hoy tan triste?...

—¿Y quieres que no lo esté?... Hace cuatro años, cuatro años mortales que no entra un pavo por nuestras puertas, que no compramos la menor caja de mazapan, que no traes aquella paguita de gracia tan agradable. En este dia clásico de la alegría, nuestra casa está triste, nadie viene á cenar con nosotros...

—¡Pues no faltaba más!

—Nadie viene á traerte aquellos insinuantes y simpáticos pavos que te traian en tiempos más felices los interesados en los expedientes que tenias á tu cargo, ya no recibimos las tarjetas del ministro y su señora...

—¿Y qué quieres?
—¡Cuatro años de cesantía! Si yo estuviera en tu pellejo...

—¿Qué?...
—¡Que habia de tener un destino mejor que el que tenias! ¿Por qué no te has hecho progresista?...

—Pero, hija, los hombres han de ser consecuentes. Yo se lo debo todo á la reina doña Isabel...

—Sí; y tambien le debes la cesantía.

—No; la cesantía se la debo á Ruiz Zorrilla.

—Pues muchos que se lo debian todo á doña Isabel, ahora están en candelero tambien.

—Ya lo creo, y puede que lo estuvieran otra vez si doña Isabel volviera, y puede que yo, consecuente, y prudente y decente, me quedara cesante, pero ¿qué quieres? ese es mi carácter.

—Tantas veces como me ha dicho la de Chuzo que hablaría por tí á Becerra...

—Antes la den con su apellido, que tal haga. Esta situacion tiene que caer.

—Eso estás diciendo hace cuatro años, y te morirás de viejo, si ántes no te has muerto de hambre, y no habrás vuelto á coger el empleo.

—Pues sea lo que Dios quiera.

—Y no vemos un pavo...

—Asómate al balcon y los verás cuando pasen.

—Y yo no me he hecho este año más que dos vestidos.

—Y yo ninguno.

—Y todos los que no son tontos como tú tienen todo lo que quieren.

—Todo no, porque no tienen vergüenza y yo sí la tengo.

—Oye, Gaspar, ¿tardarás mucho esta noche?

—¿Por qué lo dices?

—Porque esta noche es Nochebuena.

—¿Y qué?...

—Que... aunque tú no me das ya el jornal como ántes, de lo que yo gano cosiendo y planchando he ahorrado para que esta noche comamos sopa de almendra, un besugo y turrón de yema. Los chiecos están locos de con-

—¿Cómo habeis llegado hasta aquí?... ¿Qué quereis?... Hablad... responded, ó si no haré castigar vuestra extraña conducta.

—No temo nada. Poco os importa el cómo he llegado hasta aquí; os encuentro con vuestro confidente y eso era lo que yo queria. Dignaos escucharme con atencion. Lo que voy á deciros cambiará todas vuestras resoluciones y vuestra partida no se efectuará.

El acento misterioso y singular de Julia, y su inesperada aparicion á una hora tan avanzada, inspiraron á Villebelle una curiosidad mezclada con un secreto terror.

El marques hizo á la jóven italiana seña de que hablara, y esta, sentándose entre el marques y el barbero, que esperaban con impaciencia que hablara la jóven, empezó de esta manera:

—Es menester, señor marques, que sepais ántes que todo, que yo soy hija de un hombre que se llamaba *César Perditor*, el cual pasaba por hechicero á los ojos del vulgo, y cuya reputacion llegó á ser tan grande, que tuvo que abandonar á Paris para no morir, ó por lo ménos para no ser encerrado para siempre en uno de los calabozos de la Bastilla.

—¿César Perditor!... Me parece haber oido hablar de ese famoso hechicero, dijo el marques. ¿No tenia sus conferencias en una cantera que hay cerca de Gentilly?...

—Sí, señor; y allí fué á consultarle un anciano, al que habiais robado su hija... despues de haberle herido con vuestra espada. El infortunado Delmar, en fin.

—¿El padre de Estrella?...

—El mismo. El anciano Delmar refirió sus penas á mi padre, suplicándole al mismo tiempo que le proporcionara un medio para vengarse de vos; pero á pesar de toda su ciencia, difícilmente hubiera satisfecho mi padre al anciano, si al recibir las confiancias de muchos señores y damas de la corte, no hubiera llegado á saber en dónde teniais á Estrella. El se lo dijo á Delmar, y al fin pudo sacar á su hija de vuestro poder...

—¿Qué! ¿fué su padre el que la sacó del lugar en que yo la tenia? dijo el marques lleno de sorpresa. ¿Y Estrella?...

—Esperad un momento, y sabreis lo que fué de ella. El viejo Delmar recibió su hija, pero la habiais deshonorado, y aquella aventura habia hecho demasiado ruido para que pudieran seguir viviendo en Paris. Vendió, pues, todo lo que tenia, recompensó á mi padre por el servicio que le habia pres-

tado, y se llevó á Estrella á un pueblo de la Lorena, en donde dió á luz el sér que llevaba en su seno.

—¡Dios mío!... ¡Fué madre!... ¡Será posible!... ¡Ah! ¡Julia, acabad, por compasion!...

Julia pareció gozar un momento con la ansiedad del marques, hasta que al fin continuó:

—En aquella época fué cuando mi padre se vió obligado á abandonar á Paris, para que no le prendieran, y se hizo correr la voz de que habia perecido en uno de los calabozos de la Bastilla. Pero él habia reunido lo bastante para vivir tranquilamente, y despues de ir á recogerme á Italia, en donde habia yo nacido, se volvió otra vez á Francia. No podia volver á Paris, porque hubiéra sido reconocido, y se estableció en los alrededores de Nancy. Allí se encontró con el anciano Delmar y con Estrella, la cual educaba con el mayor misterio á su hija, á la que no podia dar este nombre sin que se enrojearan sus mejillas. Allí hizo conocimiento con un pobre labrador reducido á la miseria por la mala conducta de su hijo, un miserable, que despues de haber cometido una bajeza en el pais en que habia nacido, habia huido llevándose todo lo que poseia y dejándole sumido en la mayor miseria...

—La historia de ese hombre no puede tener ninguna relacion con la hija de Estrella, dijo el marques con impaciencia. ¡Por Dios, Julia, acabad!

—Perdonad, señor marques; esa historia es más importante de lo que creéis... Sobre todo, interesa mucho á vuestro digno confidente, que estoy segura que ha reconocido ya á su padre en el pobre labrador de que acabo de hablar.

El barbero, que habia prestado mucha atencion á las últimas palabras de Julia, exclamó en seguida:

—¿Cómo!... ¡habrá muerto mi padre!... ¡yo fui culpable con él, lo confieso! La sed de oro me hizo cometer muchas faltas... pero siempre he tenido la intencion de repararlas... y si es tiempo todavía...

—¡No! ¡es demasiado tarde! dijo Julia, arrojando sobre el barbero una terrible mirada.

—¿Ha muerto?

Julia guardó silencio. El marques se levantó bruscamente, al mismo tiempo que exclamaba:

—Y bien! ¡mujer cruel! ¿no habeis gozado bastante con mis sufrimientos?

tentos, porque les he dicho que tenemos esa cena por extraordinario.

—Pero ¿qué santo?...

—Hombre, hoy se celebra el nacimiento del Hijo de Dios...

—¡Bah! ¡bah!...

—Gaspar, por Dios, estás desconocido... ¿Te burlas?...

—Yo... es que...

—¡Ah! tú no eres malo, pero se han empeñado en que lo seas esos con quienes andas ahora, y que te dan esos papeles que... ayer cogí uno y lo quemé...

—¿Tú?... ¿Y cómo te atreviste?...

—Y haré lo mismo con todos esos en los que se dice que no debe haber familia, y otras barbaridades semejantes. Pero no hablemos de eso ahora, y dime si nos vas a dar el gusto de cenar con nosotros... Mira que ni en Palacio comerán un besugo mejor guisado... con su salsita, y sus rajás de limón... ¿Con que vendrás pronto?...

—No sé, porque esta noche tengo sesión en el Club de la regeneración social y elevación del obrero a las esferas de lo sublime.

—¡Maldito sea el club!... ¡El club antes que tu mujer y antes que tus hijos!... Mucho vas a ganar con eso.

—Mira, en lugar de comprar el besugo y la almendra y todo eso que quieres traer, dame 10 reales por si se ofrece un compromiso, que esta semana no he trabajado...

—¿No has trabajado?...

—Estoy en huelga, porque el maestro ha despedido a uno que es de la Sociedad, y hasta que le vuelva a admitir...

—¡Ay, Dios mío! ¡qué día de Nochebuena! Toma, toma los 10 reales, y vé a gastarlos en el café con alguno de la Sociedad, mientras tu mujer y tus hijos ruegan a Dios por tí, que bien lo necesitas.

—¿Qué tonterías!...

—Las tonterías son las tuyas, Gaspar.

—Patrona, tengo que hablar con V.

—Yo también con V., D. Rafael.

—Diga V.

—No, diga V. primero.

—Pues, señora doña Mercedes, todo el año estoy comiendo en casa de V. diez y seis garbanzos diarios, unos fideos tan enrevesados que me dan horror, y para postre un bollo de á cuarto. Hoy es Nochebuena; en casa de mis padres, en esta noche había siempre cena solemne, con sopa de almendra, besugo...

—V. si que es buen besugo, D. Rafael.

—Y suplico á V. que para recordar yo aquella solemnidad, ponga V. hoy una cena de esa importancia, y cenará V. conmigo... Así recordaré también á mi venerable abuela.

—Pues, mire V., D. Rafael, yo quería decir á V. que me pague los tres meses que me debe, ó me deje libre el gabinete para un caballero que viene de la Habana.

—¡Un filibustero!... ¿Me despide V.?...

—Si V. me paga, V. es antes que nadie.

—No, señora, no, le pagaré á V. pero me iré... Sepa usted que me van á dar un empleo... El viernes voy á comer en Palacio.

—¿En Palacio?

—Sí, señora; ¿V. qué se ha creído?...

—Mire V., D. Rafael, como á una le han dado tantos chascos en este mundo...

—Pues, ya digo, el viernes cómo en Palacio, y antes de un año me ha de ver V. ministro.

—¡Ay! ¡ojalá! y si me colocase V. al chico, que en ninguna parte puede meter la cabeza...

—Eso cuéntelo V. por hecho... Yo le haré meter la cabeza en cualquier ministerio. ¿Con que habrá cena?... ¿Habrá besugo?...

—Sí, señor, habrá cena, pero lo del empleo...

—Eso es cosa segura; me lo tiene ofrecido un cafetero francés amigo mío, que ahora está en Madrid, porque ha venido á buscar el diploma de una encomienda que le han dado porque dió de almorzar muchos días en París á unos emigrados progresistas. Figúrese V. si tendrá mano con el gobierno.

—Ya lo creo.

—¡Papá, un nacimiento!

—¡Un nacimiento, papá!

—¡Papá, que nos compres un nacimiento!

—Callad, hijos, que luego tendréis el nacimiento. Para eso ha venido ese caballero tan calvo que está en la alcoba cuidando á vuestra madre...

—¡Queremos un nacimiento!

—¿Pues no os digo que lo vais á tener?... Mamá está de parto, ¿qué más nacimiento queréis? ¡Y es el once en trece años, y yo cesante!... Ella sale de sus embarazos felizmente, pero ¿cuándo salgo yo de mi embarazo perpétuo?

—Señora, lléveme V. un pavo bueno.

—Buen hombre, no me moleste V. más.

—¡Calle! yo la conozgo á V... Sí, V. es la parienta de D. Ramon, el de la tienda.

—Tenga V. más urbanidá, ni V. me conozque, ni yo le conozgo á V.

—¡Vaya! ¡pues no ha echado V. poca fachenda!

—Porque puedo, y hábleme V. de vucencia, porque mi marido tiene la gran cruz.

—Ya lo creo, con V. ya tiene la gran cruz.

—Y le puede á V. meter en un calabozo.

—¡Jesus, qué miedo! ¡Y luego quieren que los probes no estén enritados, cuando ven á tanto pelgar con tanta fantesía!... ¡El pavo! ¡el pavo cebado vendo!... ¡Mire V., señora, mire V. qué bien cebado está, que parece un ministro!

—Señor cura, vengo de parte del señor arcarde á decir á V. que si quiere *dir* á cenar con *er* y *toa* la trinca, que puede *dir*, pero que ha de jurar la *costitucion raical*...

—Pues, mira, dile al señor alcalde que aunque no tengo cena hoy, por ser día de Nochebuena, no pienso ir á cenar con él y la trinca; en cambio, yo le convidó á la misa del gallo, que diré esta noche á las doce.

—¿Misa?... Si el señor arcarde no va á misa... ¿No ve usted que es *raical*?...

—Caballero, una limosna por Dios.

—Esta no es hora de pedir.

—Ya lo sé, caballero; es hora de morir de hambre. Perdone V., caballero, y aunque no me dé V. nada, no crea V. que soy algun perdido... Soy un maestro de escuela que en dos años no he cobrado un cuarto en el pueblo donde servia, y ahora acaba de suprimir el alcalde la escuela, porque dice que para ser liberales los chicos, no necesitan saber nada.

—Tome V., buen hombre, y cene V. hoy siquiera.

—Dios se lo pague á V., caballero.

—¿Pero ha visto V., señora Brigida?...

—¿Qué ha sucedido?...

—Que al vecino del tercero le han caido 30.000 duros á la lotería, y anoche salió á dar la noticia á una indívdua, á una amiga suya...

—¡Ya, yal!

—Cogió una pulmonía, y ahora le van á dar la unción.

—Pues ya tiene para que le hagan un buen entierro con lo que le ha caido.

—Vecina, esa sí que es caida.

¡EN EL SITIO!...

NOVELA

ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

—Se va á morir de miedo el conde...

—No hay cuidado.

—Pero esa píldora...

—Tampoco le hará daño. Ya le diré á V. de lo que son. El objeto es que despues de *tragada la píldora* y devuelta su libertad, creo yo que el conde, al ver que no está envenenado, huirá para siempre de este Sitio y abandonará sus proyectos.

—Pero, francamente, yo opino que no es necesario tanto rigor, porque se me figura que ya ha desistido de su matrimonio con Emilia, y que Doña Clara tampoco le acepta como antes.

—Sin embargo, amigo mío, ya ha visto V. que el conde ha vuelto y que Clara aún no está resuelta á despedirlo. Es precisa esta última tentativa.

—Perfectamente. Le digo á V. que si el conde no se muere del susto, tiene más espíritu del que me había figurado. ¿Y cuándo será el día de ese juicio?

—Mañana á más tardar. Por la noche rondaremos la casa de Clara, y cuando salga el conde nos echamos encima, y á la cueva con él.

—Es V. el diablo para inventar escenas tétricas.

—Ya le avisaré á V. y á Manuel.

—Cuando V. quiera.

Tal vez se preocupó demasiado Tenerife con los preparativos del juicio; quizá esto contribuyó á excitar sus nervios... el caso es que, la noche de este mismo día, volvió Tenerife á levantarse de la cama sonámbulo, y con la vela en la mano se dirigió por los corredores de la noche anterior.

Así llegó hasta el cuarto de Patricio.

Este estaba ya al acecho, y apenas sintió ruido de

pasos cerca de su habitacion, se levantó también, y cogiendo un garrote, se colocó en el umbral de la puerta.

Tenerife, sin darse cuenta de lo que hacia, penetró en el cuarto de Patricio.

Nunca lo hubiera hecho. Apenas le vió dentro, Patricio no dudó ya de que allí se dirigia el *seductor*, y empezó á descargar garrotazos en la espalda del infeliz ex-maestro de escuela.

Cuando Tenerife despertó, á fuerza de golpes, comprendió lo que habia sucedido, y trató de disculparse; pero viendo que Patricio no cesaba de golpearle, dando voces descompuestas, se abrazó á su adversario y ambos se zurraron de lo lindo.

A los gritos de los contundentes contendientes, acudieron algunos huéspedes de los cuartos vecinos, y Felipa se levantó creyendo que eran ladrones, y el barullo fué tal que hasta la mujer de Tenerife vino con la perrita *Trini*, y mezcló su voz al coro general, acompañado por los berridos del niño de Patricio, que lloraba demiedo.

Manuel y yo acudimos también, y nos asombramos al ver tanta gente reunida, todos en paños menores, porque eran las dos de la mañana, y algunos con escopetas, revolvers, cuchillos, badiles, tijeras y otras armas blancas y negras.

Cuando se restableció la calma y Tenerife explicó lo que habia pasado, soltamos la carcajada, y la perrita soltó también el faldon de la camisa de Patricio, que habia apresado para defender á su amo.

—Soy sonámbulo, señores, decia Tenerife, y el señor excesivamente celoso. Hé aqui todo.

—Cualquiera hubiera recelado en mi lugar, añadia Patricio.

—Pues no hay duda que el señor debe ser *temible*, decia un huésped á otro, riéndose de lo sucedido y señalando á Tenerife.

—En fin, señores, todo se ha acabado, dijo Patricio, cerrando la puerta de su cuarto, mientras los demas nos dirigimos á los nuestros, riendonos de Patricio, que tan en ridiculo se habia puesto.

—Buen bribon estás tú, iba diciendo la mujer de Tenerife á este desgraciado sonámbulo. Tú acabarás con mi vida, libertino, infame.

Y creo que el resto de la noche tuvo que aguantar Tenerife, á más de los garrotazos de Patricio, una buena coleccion de arañazos y mordiscos de su costilla.

Al dia siguiente no se hablaba en el Sitio de otra cosa que del suceso de la noche anterior.

Y todos soltaban el trapo al considerar lo cómico de la aventura y los estrepitosos celos de Patricio.

Cuando á la hora de almorzar nos reunimos en la mesa redonda, todos miraban á Patricio y hablaban en voz baja, dejando ver sonrisas mal disimuladas.

Así es que Patricio y su mujer decidieron abandonar el Sitio aquella misma noche.

Despues de almorzar fueron á despedirse de doña Clara.

—¿Tan pronto se marchan Vds.? les preguntó esta señora.

—Sí; ya sabrá V. lo ocurrido anoche...

—Ya me han contado...

—Pues bien; conozco que obré de ligero; pero yo soy así, y no quiero permanecer en este Sitio, porque si veo que alguno se rie de mí, no sabré contenerme.

—Yo también deseo marcharme, añadió Felipa, porque los que hay en la fonda hablan de nosotros, y, en fin, que no podemos vivir entre gente de esa *estufa*.

—Estofa... mujer... dijo Patricio.

—Bien, hombre; lo mismo da. Con que, ¿nos mandan ustedes algo para *Madrid*?

—Nada, amiga mia, pronto nos veremos allí.

—¡Ay! ya se me olvidaba. Tengo que dar á V. *mi vista*...

—¿Cómo?

—Si, interrumpió Patricio, el retrato que se ha hecho aquí, *la vista de mi mujer*, como ella dice.

—Está muy bien... muy parecido.

—Con que, adios, y hasta que nos veamos. Estamos muy de prisa.

—¿Cuándo se van Vds.?

—Esta noche.

—Ya iremos á despedirles.

—No se molesten Vds. La diligencia sale muy tarde.

Efectivamente; aquella misma noche ocuparon sus asientos de interior Patricio, Felipa, el niño y la niñera.

—Ya le avisé á V., le dije yo á Patricio, á quien fuí á despedir, que esos picaros celos podrian darle que sentir.

—Lo conozco; pero le ruego de nuevo que no diga usted nada de esto en la novela.

—Ya no lo puedo evitar. Buen viaje, y escarmiente V.

—Hasta la vista.

Y la diligencia emprendió el camino de Villalba.

XXVI.

¡En el Sitio!

Don Pascual y su mujer contentos quedan los dos; ella se fue á ver á Dios y á él le vino Dios á ver.

(...)
—C'est moi qui le dois tout puisque c'est moi qui l'aime.
(Voltaire.)

Despues de formar al conde el juicio de que me habia hablado Tenerife, puso al Sr. Maubiet el siguiente despacho telegráfico:

«Conde tragó píldora. ¿Qué hago?»

A las pocas horas se recibió la contestación en esta forma, hallándome yo en el cuarto de Tenerife.

«Salgo para esa con la hija del conde. Procure que éste no se marche hasta mi llegada.»

—¿De manera, pregunté á Tenerife, que mañana por la noche estará aquí el Sr. Maubiet?

—De seguro.

—¿Y el conde?

—He mandado á preguntar por él. Me han dicho que está enfermo y que tal vez tendrá que quedarse en cama algunos días... Se hallará, pues, en el Sitio cuando llegue D. Mauricio.

—¿Y su mujer de V.?

—Ay, mucho me temo que no salga de esta noche. Ahí dentro está el médico con ella. El parto se ha adelantado. Está en el séptimo mes.

—De modo que va V. á tener un sietemesino.

—¡Ramon, Ramon! gritó una voz desde la alcoba.

—Voy allá... Adios, amigo mio, me dijo Tenerife; no la puedo dejar un momento.

—Si me necesita V....

—Gracias, muchas gracias, pero creo que todo será inútil. El médico opina muy mal.

Dejé á Tenerife y volví á mi cuarto.

Aquella misma noche, á las cuatro de la mañana, me despertó el ruido de gentes que subían y bajaban precipitadamente.

Un mozo me dijo que la mujer de Tenerife acababa de espirar, despues de un parto muy penoso.

Corrí al cuarto de mi amigo, y le encontré, como era natural muy afectado.

—El niño y la madre han muerto, me dijo. Ya no habrá consuelo para mí.

Comprendí su dolor y pasé la noche acompañándole.

Tenerife es un hombre buenísimo, todo corazón, como el lector sabe, y á pesar de los malos tratos de su mujer sintió su muerte y la lloró con verdadera aflicción.

Sin embargo, yo pensé, y tal vez no me equivoque, que pasados algunos días, y al comprender Tenerife la calma de que habia de disfrutar lejos de aquella buena señora, que tanto le martirizó en vida, podría repetir con un autor, de cuyo nombre no me acuerdo, esta gráfica redondilla:

«Don Pascual y su mujer contentos quedan los dos: ella se fué á ver á Dios y á él le vino Dios á ver.»

(Se concluirá.)

CASCABELES

No podía acabar el año sin haber otra crisis.

Ya la hemos tenido, y en los pocos días que restan puede que la haya otra vez.

Y decían que durante el anterior reinado habia muchas crisis.

Pues, digo, en un año, todos los días hemos estado en crisis.

El vecino del cuarto donde se declaró incendio hace pocos días, en la calle de Valverde, es un padre de familia, cesante, que ha perdido en aquel siniestro lo poco que poseía.

Socórranle nuestros caritativos lectores. Ahora está provisionalmente en la calle de Colon, núm. 3, guardilla número 4.

Dice un periódico que el nuevo ministerio no será solución de la crisis, sino principio de otra crisis.

¿De otra?... ¡Carape! dijo la duquesa, ¡pues han puesto buena la política los politiquillos!

Las camarillas en los palacios de los reyes siempre son odiosas y perjudican á los que los sostienen, pero cuando estas camarillas son de gente extranjera aún son más odiosas y excitan más la indignación.

Esto lo dijo un sabio.

En Barcelona se trata de edificar un palacio para exposiciones industriales.

Y se llevará á cabo el proyecto, porque los catalanes son activos y trabajadores, y no hacen ningun plan que no estén decididos á realizar.

El domingo último se verificó en Valladolid la repartición de premios á los industriales que los han merecido en la última exposición.

La ciudad de Valladolid merece elogio por haber entrado en ese camino de la protección al arte y á la industria.

Ese es el verdadero progreso, no el de Ruiz Zorrilla y Becerrita.

La necesidad de hacer en el primer cuaderno de **CO-SAS DEL AÑO** una ligera rescua de la situación en el año 1871, y de tener que esperar la resolución de la crisis última, ha retrasado la tirada de aquel cuaderno, que procuraremos repartir dentro de este mismo mes.

Parece que se van á dar títulos de Castilla á personajes revolucionarios, para que haya una aristocracia nueva y flamante.

Propongo los siguientes títulos:

Conde de Chin-Chin.

Marques del Puchero.

Duque de Moscatel.

Marques de las Uñas largas.

Y supongo que á los italianos influyentes en la situación, también se les dará su rólulo correspondiente.

Se quejan los periódicos del mal servicio de correos, porque se les pierden algunos números.

Pero, señores, de poco se quejan Vds.; si les hubiera sucedido á Vds. lo que á mí...

El día 29 de Mayo dirigí, certificados, á Barcelona dos paquetes de pliegos de Los Niños, que valían más de 600 rs. Pues bien, todavía no han llegado esos paquetes á su destino, ni se me ha indemnizado de la pérdida, ni siquiera se me ha dicho con buenos modos:

¡Hombre, V. perdone!

Un frances que habia sido de la *Commune*, se suicidó el otro día en Barcelona, dejando una carta para hacer saber al mundo que se mataba porque *no queria trabajar*.

Se conoce que el mocito tenia buenos instintos. Holgazan, de la *Commune* y suicida. No tenia el diablo por donde desecharle.

Con motivo de la crisis, muchos diputados han suspendido su viaje.

A ver si por casualidad caia algo.

Vamos, despues de esta sexta ó sétima crisis en un año, ¿no se han convencido Vds. de que la politiquilla es una farsa completa?

¿Todavía tomarán Vds. por lo sério esa monserga?

¿Qué orgullosos están los propagandistas del matrimonio por la acogida que obtienen los *Cuentos de salon!* Ya se ve, todas las personas que estiman en algo el interés de la familia, van acudiendo á la Administración, plaza de Matute, 2, para apuntarse en la lista de suscritores; y como allí van llegando nuestras más lindas damas, cata que no faltan pollos que nos hagan la rueda para verlas entrar; pero ellos guiñan el ojo, temiendo que las ideas de los *Cuentos de salon* sean la mortaja de su soltería.

La verdad es que los tales libritos, aún sin haber aparecido, meten más bulla que los preparados telegramas de sensación. ¿Qué será? ¿qué no será? En los círculos, en la Bolsa, en los salones (incluso el de conferencias), en los teatros, no se habla ya de la política, ni de los politiquillos; ya nadie se acuerda de Melilla, ni de las desgracias de las elecciones, ni... ni de nada.

Hoy no se habla más que de suscribirse á los *Cuentos de salon*.

SOLUCION DE LA CHARADITA DEL NÚMERO ANTERIOR

Desde que hay unos políticos con apodo semejante, te digo que no me gustan los sabrosos calamares.

Un contribuyente que está harto ya de contribuir á mantener tanto gandul politiquillo.

CHARADITA.

La prima, segunda y quinta vive en oscuros rincones, y donde menos se piensa hace, lector, mil horrores; tercia y prima lo estás viendo en estos mismos renglones, y es cosa que en las comedias te presentan los autores; navegando cuarta y quinta vi en el mar, y si conoces una prima y quinta hermosa que quiera un honesto jóven, que le dé amor cuanto quiera por dos millones de dote,

te ruego que me la mandes ó que me digas su nombre.

El todo de nuestros males es la causa, y por San Cosme, que ya me enoja y me enfada y me da náuseas atroces ver á los no pocos tunos que con ese todo comen, mientras ayuna la gente trabajadora y de órden.

ANUNCIOS

NO HAY MEJOR AGUINALDO PARA LOS NIÑOS

QUE UNA SUSCRICION á la

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO TITULADA

LOS NIÑOS

publicación católica, útil, amena, necesaria para toda familia, escrita por los más distinguidos publicistas é ilustrada con profusión de grabados.

A todo el que se suscriba se le regalará el

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1872

con poesías, artículos notables, muchos grabados, doce oraciones católicas y una comedia para que la representen los niños.

Se regala también una lámina cromolitografiada, con las indicaciones convenientes para que los padres ó maestros ó parientes que regalen la suscripción á los niños, puedan poner la dedicatoria.

Precios: en Madrid, 12 rs. trimestre, 22 semestre, 40 año. En provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Dirigirse á la Administración, plaza de Matute, 2.

Se han publicado ya cuatro tomos, que se venden á 24 reales en Madrid y á 30 en provincias cada uno.

Almanaque Hispano-Americano para 1872, con 50 caricaturas por Ortega, y redactado por cincuenta y tres literatos de fama. 4 rs. en toda España.

Los Pequeños Poemas, por D. R. Campoamor, 8 rs. Se venden en todas las librerías de España. Los pedidos á V. Suarez Jacometrezo, 72. Madrid. 5

Lectura á domicilio por 10 rs. al mes.

Se dan catálogos.—Jacometrezo, 72. 9

FÁBRICA DE BÁSCULAS,

camas de hierro, doradas, maqueadas, colchones de muelles, pluma, edredones para abrigo de cama, etc., y reforma de romanas al nuevo sistema métrico.

JUAN BAUTISTA DUTHU,

plazuela del Angel, núm. 18. Madrid (inmediato á la calle de Carretas). 8

PROPAGANDA DE LA FAMILIA.

CUENTOS DE SALON

por

Teodoro Guerrero y Carlos Frontaura.

Colección de novelas, unas morales y filosóficas, otras picantes y humorísticas, en defensa del matrimonio, del hogar y de la virtud. Se publica un tomo cada mes, que cuesta cuatro reales en Madrid y cinco en provincias.

Se regalan dos libros de Guerrero y de Frontaura á los que adelanten el importe de un semestre, y además un *Almanaque de salon*, á los suscritores por un año.

Se admiten suscripciones en todas las librerías de España, ó remitiendo letra ó sellos á la administración de los *Cuentos de salon*, plaza de Matute, 2, en Madrid.

En Enero se publicará el tomo primero, que contendrá la novela completa *Una perla en el fango*, por Teodoro Guerrero.

En la administración se reparten gratis los prospectos.

POR POCOS DIAS.

Comisión de vino Champagne y licores extranjeros, sin rival en su precio. Se dan á prueba los licores. Cedaceros, núm. 5.

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salida de Cádiz los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana.

Salida de la Habana también los días 15 y 30 de cada mes, á las cinco de la tarde, para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera ó entrepunte.
	Pesos.	Pesos.	Pesos.
De Cádiz... Puerto-Rico.....	450	400	45
Habana.....	480	420	50
Habana á Cádiz.....	200	160	70

Camarotes reservados de primera cámara de sólo dos literas á Puerto-Rico. 170 pesos; á la Habana, 200 cada litera.—El pasajero que quiera ocupar sólo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.—Se rebaja un 10 por 100 sobre los dos pasajes al que tome un billete de ida y vuelta.—Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete, medio pasaje.—Para Sisal, Veracruz, Colon, etc., salen vapores de la Habana.

BLOC-NOTES.

Este nombre se dá en Francia á una porción de cuartillas (250) de papel blanco y rayado en forma cuadrangular, que sirven para volantes, borradores de cuentas, apuntes, etc., etc. Están pegadas formando un paquete en igual forma que los *Calendarios americanos*, y para desprenderlas se levanta una punta y queda separada la hoja del bloque con la mayor facilidad. Esta novedad de escritorio ha sido muy bien recibida por todos los hombres de negocios, y dentro de poco no habrá despacho ni oficina, cualquiera que sea su importancia, que no use *Bloc-notes*. Puede tenerse sobre la mesa ó colgado en la pared y próximo al escritorio.

Precio 12 rs.

Se hallará en la Administración de EL CASCABEL, plaza de Matute, núm. 2, en los principales almacenes de papel de Madrid, en los bazares y otros establecimientos análogos.

Los pedidos por mayor y para provincias se harán á D. Santiago Belio, calle del Cid, núm. 4 (barrio de Recoletos), Madrid.

Se concederán rebajas en proporción al mayor ó menor número que se encargue.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)